Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*

Victoriano Roncero López
SUNY Stony Brook

En el *Praefatio*, 7 a su historia de Roma Tito Livio concede que

> Datur haec uenia antiquitati ut miscendo humana diuinis primordia urbium augustiora faciat; et si cui populo licere oportet consecrare origines suas et ad deos referre auctores, ea belli gloria est populo Romano ut cum suum conditorisque sui parentem Martem potissimum ferat, tam et hoc gentes humanae patiantur aequo animo quam imperium patiuntur[1].

El historiador romano recoge aquí una tradición que habían iniciado los poetas griegos en los siglos VII y VI antes de Cristo, siguiendo la estela homérica, con la unión entre poesía e historia. En sus poemas se cantaba a los héroes fundadores de ciudades y estados, a los que se atribuía un fundador mítico; para ello se basaban en el parentesco formal entre los nombres de ambos. El uso de la etimología en esta situación se convertirá en práctica común que se extendió, como vamos a ver, hasta el siglo XV de nuestra era. Pero no todos los griegos aceptaban estas leyendas, como lo demuestra el hecho de que Jenófanes rechazara el origen divino de algunos de sus antepasados o la opinión de Hecateo de que muchas de las historias de los griegos antiguos eran ridículas, opinión compartida por Heródoto y Tucídides, que intentaron crear una historia que separara la mitología de la historia[2], aunque este último consideró a Minos y Agamenón como personas reales. Sin embargo, estas críticas no impidieron que la tradición arraigara en Roma, que vio en la «genealogía etimológica» una forma de recu-

[1] Titi Livi, *Ab urbe condita*, I, 1974, p. 2.
[2] Véase para este tema Arnaldo Momigliano, 1990, pp. 32-34, y Michael Grant, 1995, pp. 25-27.

peración de los valores tradicionales. La leyenda de Rómulo y Remo amamantados por una loba, a la que como vamos a ver se refiere Quevedo, es una más de las leyendas del origen mítico de distintas monarquías que se pueden encontrar en civilizaciones antiguas, entre las que podemos citar la del rey Ciro criado por una perra o la de Habis en nuestro propio pasado legendario. Los romanos perseveraron y profundizaron el proceso de mitificación hasta sus últimos momentos, quizás recordando la máxima ciceroniana de que «a fabulis ad facta veniamus», como lo demuestra que todavía Plutarco aceptara como auténtica la leyenda de Rómulo y Remo o la existencia de una obra escrita en el siglo IV d. de C.: la *Origo gentis romanae*, obra en la que se relata la historia de Roma desde Saturno hasta Rómulo y Remo.

Con la llegada y triunfo del Cristianismo no se terminó con la búsqueda del origen de las ciudades y monarquías, sino que se le añadió un nuevo y significativo elemento: la *Biblia*. Los escritores cristianos no podían considerar ya para sus antepasados los orígenes míticos, sino que debían recurrir a la historia sagrada. No era la primera vez que los historiadores dejaban de lado la tradición greco-latina, sino que en las obras de autores judíos (Josefo), caldeos (Beroso) o egipcios (Manetón) se pretendía demostrar que sus culturas eran más antiguas que la helénica. Con la irrupción bíblica se creó el que fue otro núcleo importante en la búsqueda del pasado: el veterotestamentario. A partir de este momento, los pueblos cristianos buscaron en Noé y sus descendientes sus orígenes, sin desechar por ello, como vamos a ver, la tradición clásica que todavía pervivirá en la historiografía renacentista. Los capítulos 10 y 11 del *Génesis*, que describen la descendencia de Noé y la confusión de las lenguas tras la construcción de la torre de Babel, proporcionaron a los historiadores cristianos la mina de la que extraer a los fundadores de los distintos reinos europeos. Para citar un ejemplo curioso y extremo, basta recordar que el historiador holandés Johann van Gorp, el Goropius Becano citado por Quevedo en la *España defendida*, afirmó que los holandeses habían sobrevivido al Diluvio y que, por tanto, su lengua era la que hablaba Adán[3]. Pero, como hemos dicho, los autores medievales y renacentistas asimilaron también esa tradición clásica que les permitía elegir entre los héroes troyanos aquellos a los que atribuir la fundación de su reino o ciudad; en este sentido, la obra de Homero se convirtió en el lugar favorito para descubrir al primer poblador, como ponen de manifiesto las palabras de Montaigne en las que elogia al poeta griego, recordando que la mayor parte de las naciones buscan en él sus orígenes: «Non seulement aucune races particulieres, mais la plus part des nations cherchent origine en ses

[3] Tomo el dato de Grafton, 1991, p. 100.

inventions»[4]; así pues, a la tradición homérica unieron la bíblica que establecía el origen de los pueblos en la descendencia de Noé.

Con estas fuentes los historiadores se lanzaron a competir para encontrar el antepasado más antiguo y glorioso, búsqueda que resumió Pompeo Pellini declarando que lo que hacía noble a una ciudad era su antigüedad y la grandeza de su fundador[5]. Esta competición tuvo como resultado la invención de pasados mitológicos absurdos, en los que, tomando, en ocasiones, como base fuentes clásicas, los historiadores europeos hicieron surgir auténticas dinastías de reyes legendarios a los que dotaron de una biografía, una cronología y una bibliografía, como si se tratara de auténticos monarcas históricos. Entre estos falsificadores hay que destacar al dominico italiano Annio de Viterbo, quien con su *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium; eisdem chronographia etrusca et italica*, publicada en Roma en 1498, dotó a las principales naciones europeas, y sobre todo a la española, de una coherente y extensa nómina de reyes míticos. Para ello se sirvió de métodos filológicos, pues como afirma Anthony Grafton: «Forgery and philology fell and rose together, in the Renaissance as in Hellenestic Alexandria; sometimes the forgers were the first to create or restate elegant critical methods, sometimes the philologists beat them to it»[6]. Cierto que sus invenciones encontraron críticos que descubrieron sus supercherías, entre los que se encuentran los españoles Juan Luis Vives, Melchor Cano, Antonio Agustín y el propio Quevedo, pero fueron muchos más los que las aplaudieron y utlizaron para encumbrar sus orígenes nacionales, que rivalizaban y sobrepasaban los de Grecia y Roma, que habían sido enormemente elogiados por los humanistas. Incluso se dio el caso de líderes protestantes como Lutero que aceptaron sus falsedades, porque su historia suponía romper la hegemonía temporal de la civilización pagana en favor de la judaica. Humanistas como Postel, Le Roy, Pierre de la Ramée o Justo Lipsio, por su nacionalismo, aceptaron como auténticas algunas falsificaciones del de Viterbo, concretamente la del pseudo-Orosio[7].

A pesar de esto, no debemos olvidar que en la historiografía renacentista hubo intentos de eliminar del pasado personajes y hechos legendarios, pero con el encargo de dejar siempre en pie aquellos mitos que fundamentaban el pasado glorioso de la ciudad o nación. Un buen ejemplo lo tenemos en el historiador Bernardo Giustiniano, que recibió el encargo del senado veneciano de des-

[4] Citado por Lida, 1981, p. 114.
[5] Tomo el dato de Cochrane, 1985, p. 288.
[6] Grafton, 1991, p. 103.
[7] Jehasse, 1976, p. 50, afirma que así demostraban «la grandeur française et du destin providentiel qui depuis Noë lui est assigné».

truir las falsas leyendas inventadas por los antiguos cronistas y escribir una historia de la República basada únicamente en documentos escritos, y que, a pesar de estas intenciones, tuvo que aceptar la presencia del troyano Antenor como fundador de la ciudad y admitir también que a lo largo de su historia Venecia había recibido favores especiales de Dios para mantener en alto su estatus histórico frente a sus adversarios dentro y fuera de Italia[8]. Sin embargo, en ciertos casos los historiadores humanistas resistieron estas presiones y derribaron el pasado mitológico de la nación cuyo pasado estudiaron; así Polidoro Virgilio en su *Historia de Inglaterra*, publicada en 1534, rechaza la idea, defendida por escritores ingleses contemporáneos, de que Bruto había fundado Gran Bretaña. En la misma línea Étienne Pasquier ponía en duda el origen troyano de los galos y la existencia de Franción, fundador de Francia. En España manifiesta la misma actitud Jerónimo de Zurita, quien compara la historia de la España primitiva con un desierto, en el que los historiadores «corren el peligro de perderse»[9].

La historiografía española, tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, no se diferencia en este aspecto en nada de la del resto de Europa. También nuestros historiadores crearon lo que se ha dado en llamar la «prehistoria mítica de la Península», que se extiende desde los primeros tiempos hasta la llegada de los romanos. En la historiografía romana, sobre todo en Tito Livio y en Polibio, tenían materiales a los que acudir para historiar el pasado de España; allí los dos historiadores citan jefes o reyes de distintas tribus peninsulares: Culchas, Luxinius, Bilistages, o los famosos Indibilis y Mandonius, entre otros, que comprendían una nómina real del pasado histórico[10]. También tenían a Argantonio, «rey real; no un rey mítico», en palabras de Julio Caro Baroja, citado por los griegos Anacreonte y Heródoto, que debió vivir entre los años 670-550 a. J. C., y que reinó en Tartesos[11].

Sin embargo, para emular y sobrepasar a los reinos vecinos acudieron a las dos fuentes, la mitológica y la veterotestamentaria, de las que se habían surtido los franceses, italianos, alemanes, etc. La historia mítica proporcionaba figuras interesantes como el Gerión griego o los Gargoris y Habido, citados por Trogo Pompeyo, sobre los que me extenderé más adelante; la veterotestamentaria, a través de Jerónimo en su comentario a Ezequiel, de quien lo recoge Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*, establecía como origen de los iberos la figura de Túbal[12], nieto de Noé, con el que habrían

[8] Véase sobre este tema Cochrane, 1985, pp. 80-81.
[9] Jerónimo de Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, I, 1987, p. 3.
[10] Caro Baroja, 1971, pp. 151-59.
[11] Caro Baroja, 1971, pp. 81-85.
[12] Sobre la figura de Túbal véase Lida de Malkiel, 1970, pp. 11-48.

llegado los primeros pobladores a la Península Ibérica. Con estas dos tradiciones se retrasaba el principio de la historia española y se la entroncaba con el mundo helénico, de gran prestigio intelectual, y con la Biblia.

A partir de aquí, los historiadores medievales aumentan, a veces basándose en fuentes clásicas, la lista de reyes míticos e inician la escritura de una historia de España con la biografía y cronología correspondientes. Así en la *Crónica del moro Rasis* se habla de Espán, «hijo de Jafer e nieto de Noé»[13], como el primer poblador y rey de la Península, y origen del nombre de las nuevas tierras por él pobladas, que fue sucedido por cincuenta y tres reyes de su familia, entre los que se encuentran Latín y Alión, posible variante del griego Gerión. Posteriormente debemos destacar a Rodrigo Jiménez de Rada con su *Historia gothica*, cuya principal característica es la «combinación de un mito ya depurado por medio de las crónicas universales, es decir, humanizado, racionalizado y puesto en sincronía con el mundo bíblico, con su vertiente más clásica»[14]. Alfonso X el Sabio y sus colaboradores en la *Primera Crónica general de España*, sin reparar «demasiado en escrúpulos críticos»[15], añadieron dos reyes más a la lista: Rocas y Piro.

Un hito fundamental en el desarrollo del pasado mítico de España lo constituye el año 1498, fecha de la publicación de la obra de Annio de Viterbo, que ya hemos mencionado, y que fue dedicada a los Reyes Católicos. El italiano consagró un libro de su obra a España: el titulado *De primis temporibus & quatuor ac viginti regibus Hispaniae & eius antiquitate*. En este libro creó, basándose en fragmentos falsos de Beroso y Manetón, una historia de la España primitiva con veinticuatro reyes[16], partiendo de la idea de que después del Diluvio la totalidad de la Península Ibérica se convirtió en una monarquía. Para apuntalar su falsificación se basó, por una parte, en fuentes clásicas y crónicas medievales, y, por otra, en sus propias invenciones, con las que «forja un texto arcaizante en el que lo fabuloso puede quedar bien encajado»[17], actuando como lo hicieron los historiadores medievales, uno de los cuales había creado el pseudo-Beroso para describir el eclipse que tuvo lugar durante la Crucifixión. Para sus reyes inventados el dominico italiano acudió a los nombres de ciudades, de ríos y montes; a nombres étnicos; a la mitología griega y romana; e incluso los sacó de la nada, como los que atribuye al pseudo-Manetón: Testa, Romo y

[13] *Crónica del moro Rasis*, vol. III de *Fuentes cronísticas de la historia de España*, 1974, p. 123. Cito por el manuscrito Ca.

[14] H. de Carlos Villamarín, 1996, p. 285.

[15] Sánchez Alonso, 1941, p. 210.

[16] Los reyes son: Túbal, Ibero, Iubelda, Brygo, Tago, Beto, Gerión, Trigemino, Hispalo, Hispano, Hércules Lybio, Hespero, Italo Atlas, Sycoro, Sicano, Siceleo, Luso, Siculo, Testa, Romo, Palatuo, Caco, Eritheo y Mellicola.

[17] Caro Baroja, 1991, p. 62.

Palatuo. Esta falsificación arraigó pronto entre los historiadores españoles, que vieron en ella la exaltación del pasado glorioso de España, pues, entre otras cosas, se afirma, siguiendo a Beroso, y basándose en «testimonio quod supra ex Strabone produximus»[18], que Túbal enseñó a los celtíberos las letras y las leyes mil años antes de que las conocieran los griegos, concretamente 143 años después del Diluvio y 730 antes de la fundación de Troya. Un discípulo aventajado de Annio de Viterbo fue Florián de Ocampo en su *Crónica general de España.* Ocampo en el prólogo de la obra manifiesta cierta desconfianza sobre Annio y Beroso, afirmando que

> bien es verdad que según las sospechas que muchos platican deste Juan de Viterbo y de su Beroso, yo quisiera tener en la relaçión de tiempos tan antiguos algún autor de menos inconvenientes a quien siguiera; mas assí porque no lo hallo como porque sus crónicas van dirigidas a tan esclareçidos prínçipes, quanto fueron don Fernando y doña Ysabel, nuestros señores y reyes naturales, pornemos aquí todo lo que él cuenta pertenesçiente a los hechos de España porque nada nos falte de quanto los otros escriuieron[19].

Pero aceptó la lista de autores y reyes del italiano, llenando las lagunas que encontró con más fábulas, y consideró histórica la venida de Noé a España, donde fundó Noela y Noega, a la que, como vamos a ver, se refiere Quevedo. Otro ejemplo de discípulo aventajado lo tenemos en fray Juan de Rihuerga, quien aumentó el número de reyes hasta treinta y seis e inventó obras y fragmentos de Dextro y Máximo, aprovechando la mención que hacen a ellos Jerónimo e Isidoro.

Sin embargo, no todos los historiadores españoles de los siglos XVI y XVII aceptaron las invenciones de Annio de Viterbo. Ya mencionamos antes que entre los críticos más severos del dominico se hallan Juan Luis Vives, Melchor Cano y Antonio Agustín, que lo comparó como falsario con Cyriaco Anconitano[20]. La obra del dominico italiano, como afirma Sánchez Alonso, «valió también para poner en adelante a prueba el instinto crítico y la probidad profesional de los historiadores»[21], y algunos autores pusie-

[18] *Commentaria super opera diuersorum auctorum de antiquitatibus*, Romae, in Campo Florae, 1498, fol. 18v.

[19] *Los quatro libros primeros de la crónica general de España*, Zamora, Juan Picardo, 1543, fol. XXr.

[20] «El mal es, que así Juan Annio como Cyriaco y otros parece que se hayan burlado de los españoles fingiendo hechos de España del tiempo de Noé, Túbal, y una orden hace reyes tan particular como si fuera de poco tiempo acá; y unas piedras de las guerras contra Viriato y Sertorio, y de César y Pompeyo, etc. Y dello ha resultado que no hay historia de España sin Beroso y Methastenes, y fray Juan de Viterbo»; Antonio Agustín, *Diálogos de medallas, inscriciones y otras antigüedades*, Madrid, 1744, p. 450.

[21] Sánchez Alonso, 1991, p. 356.

ron en tela de juicio sus falsificaciones, como lo demuestra la labor del cronista Ambrosio de Morales, quien condenó todas las afirmaciones hechas sin base documental. También Juan de Mariana en su *Historia general de España* se mostró crítico con Annio y su Beroso:

> ... y mucho menos pretendemos poner en venta las invenciones y sueños del libro que poco ha salió con nombre de Beroso, y fue ocasión de hacer tropezar y errar a muchos; libro, digo, compuesto de fábulas y mentiras, por aquel que quiso, con divisa y marca ajena, como el que desconfiaba de su ingenio, dar autoridad a sus pensamientos, a ejemplo y imitación de los mercaderes no tales, que para acreditar su mercadería usan de marcas y sellos ajenos, sin saber bastantemente disimular el engaño[22].

Este espíritu crítico le llevó a desestimar como falsos algunos de los reyes de su lista: Ibero, Idubeda, Brigo, Beto o Tago, entre otros. También rechazó la venida de Noé a España y la fundación de ciudades modernas por Túbal. Sin embargo, aceptó como verdaderos a otros: Túbal, Gerión, Hispalo, Atlas, Siculo, Gargoris y Habido; es decir, todos aquellos que provenían de fuentes helenísticas[23], en las que Mariana mostraba una absoluta confianza.

Pero todavía en el siglo XVII hubo autores que defendieron los métodos y la veracidad de la historia creada por Annio; quizás el más destacado es Luis Cabrera de Córdoba, quien en 1611 publicó su manual historiográfico: *De Historia, para entenderla y escribirla.* En el discurso XVI del libro primero, en el que trata «de lo que se ha dudado de la verdad y crédito de los que han escrito», defiende la autoridad del dominico italiano, al que califica de «gran antiquario», basándose en que los autores cuestionados por los críticos (Beroso, Megástenes y Manetón) habían sido citados por escritores anteriores; así lo demuestra el que Gregorio Cedreno y Freculfo, «que floreció a los ochocientos y cuarenta años de nuestro Redentor», alegara a Beroso, por lo cual: «si aquel libro fuera inventado por el Viteruiense que le ofreció con sus declaraciones a los Reyes Católicos, no le pudiera leer Freculfo, que fue setecientos años antes»[24]. Cabrera no se da cuenta aquí de que la crítica que se le hacía a Annio en el caso de Beroso y Manetón no tenía nada que ver con su existencia, sino con la invención de fragmentos que no se hallaban en las fuentes clásicas.

Cuando el cronista de Felipe II escribe estas palabras, Quevedo está escribiendo la *España defendida,* cuya dedicatoria al rey Felipe III está fechada en 1609, aunque siguió trabajando en ella en años

[22] Juan de Mariana, *Historia general de España,* en *Obras del Padre Juan de Mariana,* 1950, p. 7b.

[23] Véase Cirot, 1904.

[24] Luis Cabrera de Córdoba, *De historia, para entenderla y escribirla,* ed. Montero Díaz, 1948, pp. 61-62.

posteriores[25]. El proyecto quevediano, tal y como lo esboza en los dos prólogos que encabezan el manuscrito autógrafo («Al lector» y «Ocasión y causas del libro»), era el de defender a España de las calumnias que contra ella habían vertido determinados humanistas europeos del siglo XVI:

> Cansado de ver el sufrimiento d'España, con que ha dejado pasar sin castigo tantas calumnias d'estranjeros, quizá despreciándolas generosamente, y viendo que, desvergonzados nuestros enemigos, lo que perdonamos modestos juzgan que lo concedemos convencidos y mudos, me he atrevido a responder por mi patria y por mis tiempos (p. 21).

Para llevar a cabo su empresa con éxito, debe utilizar los mismos argumentos que sus enemigos –pues los enemigos de España se convierten automáticamente en enemigos suyos– han esgrimido en ediciones de autores clásicos, en obras históricas o geográficas. Nos encontramos, pues, ante una más de las polémicas filológicas que abundaron en la Europa de los siglos XVI y XVII, y que tuvieron como motivos odios personales, raciales, políticos o religiosos. El Quevedo que emprende la escritura de la *España defendida* es aquel que se había correspondido con el gran humanista belga Justo Lipsio, que había calificado a Quevedo de «viro perillustri», y al que el español anunciaba que iba a escribir una obra para demostrar la superioridad de Homero sobre Virgilio, quizás el mismo proyecto al que hace referencia en la *España defendida*, cuando en el libro tercero habla de «mi libro que intitulo *Homeri Achilles aduersus imposturas Maronianas Ludoviçi de la Cerda (rediviui Tersitis)*»[26], libro en el que ataca al jesuita español Luis de la Cerda, que se había atrevido a afirmar que Virgilio es mayor poeta que Homero: «negent hoc caeci, et vere homerici, non alii»[27]. Es también el mismo filólogo que, por estos mismos años, había traducido y comentado a Anacreonte, obra sobre la que orgullosamente afirma en la *España defendida*: «Anacreón mejorado en castellano por mí» (p. 70), es decir, con el texto griego mejorado por sus enmiendas; el traductor y comentador de las *Lágrimas de Hieremías castellanas*, obra también citada en el texto que analizamos y que se halla imbuida de ese espíritu polémico del que hemos hablado, y en la que manifiesta una gran animadversión hacia el jesuita Martín del Río, que Alberto Blecua ha calificado de «inmenso odio». Porque Quevedo no para mientes en nacionalidades, pues al igual que critica a los humanistas europeos por lo que han

[25] Véase Roncero, 1997, pp. 215-34, especialmente pp. 215-16.

[26] Cito por Francisco de Quevedo, *España defendida*, ed. Selden Rose, 1916, p. 42.

[27] Citado por Alberto Blecua, «Quevedo humanista», conferencia leída en el Curso «Quevedo en el Siglo de Oro», Villanueva de los Infantes, 20 de agosto de 1997. Agradezco al autor el haberme facilitado una copia.

dicho sobre España, también levanta su crítica contra lo que han escrito o lo que han dejado de escribir sus compatriotas:

> La poca ambición d'España, bien que sean culpados los ingenios de ella, tiene en manos del olvido las cosas que merecieron más clara voz de la fama. Tal fue la ingratitud de sus escritores y el descuido, que pareció desprecio a los estraños, juzgando faltaba qué escribir y quién escribiese; y así padeció la reputación de todos, y sin duda hubieran perdido la memoria como la voz, si fuera en su mano el olvido como el silencio. Poco lugar dio la edad pasada, embarazada en armas, a más de curiosos deseos del ocio que hoy alcanzamos para que, agradecidos y deudores dél, en pago demos a la eternidad los peligros con que nos compraron la paz, amiga de buenas letras (p. 22).

Pues a sus compatriotas va dirigida principalmente su obra, y esta sería una de las razones por las que está escrita en castellano y no en latín, como lo exigían las normas humanísticas. Sigue de esta forma Quevedo la tradición de escribir obras filológicas en castellano que había introducido Hernán Núñez y de las que constituían buenos ejemplos las traducciones y comentarios de Horacio de Villén de Biedma, publicados en 1599, o los de las obras de Virgilio y las *Sátiras* de Persio de Diego López, que vieron la luz en 1600 y 1609, respectivamente. En castellano porque el humanismo español fue pobre, tal y como ha demostrado entre otros Luis Gil Fernández (1997), porque utilizando la lengua vernácula la obra se hacía más accesible al lector hispano, aunque no porque, como se ha afirmado, el latín del escritor no fuera lo suficientemente bueno como para permitirle redactar la obra en esa lengua. Pero quizás la causa más importante es que Quevedo, como muchos de sus contemporáneos, consideraba el castellano como la lengua franca del mundo occidental. Esta opinión la había expresado ya Juan de Orozco y Covarrubias en 1591 al afirmar que no escribía en latín, sino en castellano «por estar nuestra lengua tan estudiada en el mundo, que ya viene a ser tan general en la Latina, y aun a algunos les parece que lo es más... Y pues en las demás naciones se precian personas graves de escribir en su lengua, no es justo que se haga menos en la nuestra»[28]. Quevedo demuestra en determinados momentos de la *España defendida* que asume el concepto de la universalidad de su lengua y cultura maternas, y por ello el castellano se constituía en el vehículo apropiado para la escritura de su discurso humanístico.

Pero lo que no podemos negar es que Quevedo conocía la producción filológica francesa, la más destacada de su época; Muret, Escalígero, Casaubon –y sus obras– aparecen citados en la *España defendida*; también estaba familiarizado y practicaba sus métodos de análisis, que utiliza en la obra que estamos estudiando,

[28] Citado por Kamen, 1998, p. 334.

sobre todo en el capítulo segundo, dedicado a estudiar y desmontar la tradición de los reyes primitivos, que titula: «Antigüedad de España, y estima acerca de los estranjeros y antiguos escritores». El método usado y las conclusiones a las que llega insertan a Quevedo, como vamos a ver, en el grupo de los críticos del Viterbiense, haciendo gala de lo que Pablo Jauralde califica de «sano escepticismo»[29]. El escritor demuestra aquí que también conoce las principales obras de la historiografía española del siglo XVI (Ocampo, Valera, Mariana), que desecha con juicios muy severos, de los que sólo se libra el jesuita, porque han aceptado sin cuestionar filológicamente datos y documentos a todas luces falsos, que él mismo califica como los «sueños de Anio», expresión que ya había acuñado para este mismo autor y procedimiento Escalígero. En el capítulo se reiteran con gran asiduidad y rotundidad las críticas y reproches al dominico italiano, haciendo sobre todo hincapié en que ha falsificado a Beroso, algo que ya le había recriminado Melchor Cano en su *De locis theologicis*, argumentando que los fragmentos que cita son únicos y no aparecen en los autores antiguos donde se hace mención de su βαβιλονιακά, y que, sobre todo, refiere acontecimientos que sucedieron después de que hubiera muerto, lo que lo convertiría en «segundo Mosche, profeta de presente, pretérito y futuro» (p. 31).

Otra de las críticas que hace es que Annio haya inventado nombres de reyes, basándose en nombres de ríos: Beto, Tago, Ibero. Ciertamente, la práctica no era nueva; recordemos, por ejemplo, que Silio Itálico en su poema *Punica* habla de un Hiberus y de dos «fulgentes pueri Tartessos et Hesperos» (XVI, 465). En la *Crónica del moro Rasis*, el autor afirma que Espán dio el nombre de Ebro al río, «porque aquel que lo consejó había nombre Ebro»[30]. Este recurso imaginativo llegó hasta la saturación, lo que provocó que humanistas como Mariana, en la historiografía española, censuraran su uso; y así el jesuita se quejaba de que «en universal pretenden que ninguna cosa haya de algún momento en España, de cuyo nombre luego no se halle algún rey»[31]. Para Quevedo, situado en la misma línea de Mariana, el recurrir a nombres geográficos para crear reyes es inadmisible; y eso es lo que ha hecho Annio de Viterbo: ha mirado los nombres de los ríos, pueblos y ciudades y ha creado monarcas de la antigua Hispania: «como por Ebro, Ibero; por Tajo, a Tago; por Bethis, a Betho, y Jubeda, a Úbeda, y así en lo demás» (p. 34).

Se trata, pues, para el escritor madrileño de uno más de los sueños disparatados de este autor que emborronó la historia de España, y dio pie a sus seguidores para que la presentaran ante los

[29] Jauralde, 1997, p. 52.
[30] *Fuentes cronísticas*..., 1974, p. 123.
[31] Mariana, 1950, p. 8b.

lectores como verdad comprobada y autenticada por los antiguos autores. Un ejemplo lo proporciona Quevedo en el dominico fray Domingo de Baltanás, que en su *Compendio de sentencias morales y de algunas cosas notables de España* había llevado este método etimológico hasta el ridículo convirtiendo al mítico Ibero en fundador de Granada, llamada en principio Iberia, lo que le hace exclamar:

> ¿Quién creerá que tal se atreviese a escribir hombre con título de maestro y de orden tan docta, pues tienen el mismo derecho a esta etimología, y presumirán de Iberias y no de Elviras? ¡Oh, gloriosa novedad! O, como dice Petronio de Horacio, *curiosa felicitas!*, «¡curiosa felicidad!». Quizá por esto sólo hizo todo el libro el maestro Baltanás, pareciéndole que no era poco mentir sin deberlo a Anio ni a su Beroso (p. 35).

A este autor opone Quevedo otro español, el «docto» Luis del Mármol, que no se deja arrastrar por estas falsedades, sino que escribe «con doctrina», y se limita a afirmar el origen árabe del nombre Elvira, Geber El Beira, que significa: «'sierra desaprovechada o de poco fruto', porque no tiene agua, ni leña, ni aun yerba» (p. 35).

El capítulo segundo se inicia con una declaración polémica, con un ataque a todos aquellos nobles y ciudades que basan su gloria en un oscuro pasado:

> Hay algunos que, así a su nobleza como a su ser, acogiéndose a la antigüedad, lo engrandecen y aumentan; y ciudades de los tiempos apartados hacen en sí y en sus cosas todo lo que les falta, confundiéndolo con los días, pues queda burlada cualquiera diligencia que pretende examinar cosa que huyó a sagrado, donde no alcanza la memoria (p. 28).

La misma referencia a la antigüedad oscura la había hecho Polidoro Virgilio en su *Historia de Inglaterra*, reconociendo la imposibilidad de rescatar del pasado ciertos hechos, y desechando, como lo hace Quevedo, todas aquellas falsedades inventadas para rellenar los huecos: ambos, como veremos al final, prefieren el silencio a la invención[32]. Asume aquí el escritor madrileño el papel de registrador de documentos genealógicos, como indicaba Raimundo

[32] «But whither shall we go, seeing that all things are full of darkness. Truly there is nothing more obscure, more uncertain, or unknown than the affairs of the Britons from the beginning; partly because the chronicles, if there were any, were clean destroyed...; partly because the nation, as it is placed from all others, so was it long unknown to the Romans and Grecians. This silence was the cause why good authors have not left in memory very many things of the original of these countrymen; and many in the other side have been bold to speak so largely, and to make such a strange history thereof, that in the admiration of the common people (who always more regard novelties than truth) they seem to be in heaven, where with a good will I will leave them, thinking it not good to debate the matter with them as touching these feigned trifles»; citado por Burke, 1969, p. 72.

Lida[33], para revelar la verdad que se esconde detrás de las fábulas que sobre su origen han creado otros pueblos. En el ánimo de Quevedo estaba sacar de raíz todas estas falsedades; para ello nada mejor que exponer la invención del origen de Roma, el más grande imperio de la antigüedad. Se burla primero de lo que considera fábula reproducida por Tito Livio de dar por padres de Rómulo y Remo al dios Marte y por «ama una loba» (p. 28), aunque en realidad el historiador romano aclara que el ama se llamaba Larentia, y que «sunt qui Larentiam uolgato corpore lupam inter pastores uocatam putent; inde locum fabulae ac miraculo datum» (I, 4, 7). Sin embargo, Quevedo omite esta aclaración de Tito Livio, porque para su argumentación resultaba más interesante referirse a la leyenda y no a lo que en realidad se leía en la fuente citada.

Es este un recurso típico de Quevedo, que no dudará en ningún momento en leer los textos clásicos según convenga a sus intereses, tal y como vemos en este caso; así para desprestigiar más la historia de Rómulo y Remo debe utilizar el dato legendario de que se trataba de una loba y no de una cortesana, pues este era el significado, en este contexto, de «lupam». En medio de esta crítica al pasado romano introduce una referencia a los griegos; así el origen mítico atribuido por Plutarco a Homero, un demonio y una ninfa, le sirve para arremeter contra este pueblo que se convirtió en origen de todas estas leyendas, incluida la de Eneas; ambas leyendas son «mentiras con que los griegos, aduladores de sí mismos, se han hecho estimar de los crédulos ignorantes, pues no hay historia suya donde no refieran muchas destas cosas» (p. 29). De esta forma, ha destruido los mitos en los que se basaban las naciones y ciudades europeas para establecer su pasado mítico; si la historia fundacional de Roma es una leyenda y mitos como los del origen de Homero y Eneas también lo son, tienen que serlo el de la fundación de París por Hércules Gálico defendida por Geoffroy Tory o la de la casa de Este por el troyano Atestes, aludida por Julio César Escalígero. En el capítulo tercero, se muestra más contundente, cuando afirma, con respecto a este tema, que, mientras los españoles aman la verdad desnuda, los extranjeros sueñan (p. 40). Se alinea así Quevedo con las palabras antes citadas del «señor de la Montaña» sobre el origen de todos los pueblos europeos basado en las invenciones de Homero. El párrafo termina con un rotundo desprecio hacia estas prácticas legendarias de la Antigüedad pagana: «Gocen su antigüedad y principios los romanos fabulosos, indignos de crédito y verdaderos dignos de desprecio y burla» (p. 30).

Una vez destruidas las falsas leyendas creadas por griegos y romanos, entra el escritor en lo que constituye el núcleo del capí-

[33] Lida, 1981, p. 51.

tulo: el desmantelamiento de la tradición de los reyes míticos de España. La idea que subyace tras este proceso es muy sencilla: la gloria del Imperio no necesita de unas burdas invenciones que no aguantan el examen de la crítica filológica. Paulo Giovio en *Le vite dei dodeci Visconti* había afirmado que ningún pasado mítico podía traer más gloria a los Visconti que la que habían adquirido ellos mismos[34]; Quevedo refleja la misma idea en un momento en el que parece disculparse desafiante ante sus compatriotas:

> Yo confieso que, aunque a parezer de los religiosos y observantes de la antigüedad, parecerá que quito en esto maliciosamente mucha honra a mi patria, que tengo por sospechosa y mal fundada ésta que usurpa el nombre de historia siendo fábula (p. 34).

Disculpa desafiante, porque no se contenta con demostrar lo fabuloso de estos monarcas míticos, sino que además, como vamos a ver, ataca a aquellos historiadores tanto españoles como extranjeros que han levantado en el aire este edificio. Quevedo conoce perfectamente la tradición mítica; en el folio 164r del manuscrito recoge, bajo el epígrafe «Reyes así verdaderos como fabulosos y dudosos d'España» y en el apartado de «iberos», la lista completa de Annio de Viterbo, que empieza con Noé y termina con Habis. Pero en este segundo y en parte del tercer capítulo de la *España defendida* no examina uno por uno a todos los reyes. No sabemos si en la redacción definitiva era ese su propósito, pero en la obra, tal y como la conservamos, se limita a siete de ellos:

> Esta es la orden y sucesión de la primera fábula d'España que tanto aplauso ha merecido hasta ahora: primer rey, Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé; el segundo, Ibero; tercero, Jubalda; 4, Brigo; quinto, Tago; 6, Beto; luego entra Gerión, al juicio del padre Mariana, por Justino, y al de Nonio, verdadero rey de Spaña; al mío y al de Michael Rizio, napolitano, aún más que sospechoso, por ser quien le introduce Anio, el que disfamó a Beroso (p. 33).

Quevedo hace suya la ya mencionada sentencia ciceroniana de que «a fabulis ad facta veniamus», para afirmar que las fábulas se basan en la verdad, lo que en cierta medida supone un acercamiento próximo a la concepción evemerista de la mitología. Pero Quevedo ha despreciado las leyendas griegas y romanas, por tanto en su estudio y análisis de la monarquía primitiva ha de basarse en otras fuentes, y la que le merece más confianza es la *Biblia*. El recurrir al libro sagrado no se basa sólo en un convencimiento religioso o incluso histórico, sino en una idea que aparece expresada explícita o implícitamente en otros momentos en la *España defendida*: el español es el pueblo elegido por Dios. Por tanto, nada mejor que buscar ahí el origen de España. La idea viene reforzada por la

[34] Tomo el dato de Cochrane,1985, p. 367.

creencia del escritor de que los antiguos tomaron para sus fábulas los nombres y sucesos que aparecen en la Biblia, y para demostrar la veracidad de su afirmación alude al mito de Pirra y Deucalión, la pareja superviviente del diluvio mitológico, como trasposición del diluvio con que Dios castigó a la humanidad.

En esta fuente inicia el escritor madrileño el análisis filológico que le lleva al nombre de Gargaris del que sólo halla un antecedente lejano en el nombre de un pueblo cananeo que aparece citado en varios libros (*Génesis, Deuteronomio, Josué*), del que con una pirueta filológica establece un parentesco, porque «*gar* גָּר significa 'torrente' o 'flujo', quizá porque Gargaris reinó en la parte d'España de más aguas» (p. 30). Aunque parece que el escritor comete aquí un error, pues la forma hebrea que cita no tiene ese significado, sino que se trata de una forma verbal equivalente a «él vivió». Es curioso que también reproduzca una posible etimología griega, y que también a partir de ella intente explicar el nombre del monarca, lo que nos lleva al convencimiento de que la solución veterotestamentaria no le convencía totalmente. Los dominios de este monarca los sitúa en Tartesos, y habla también de su sucesor Habis, aunque de éste no trata de establecer su etimología. Para estos reyes tenía y conocía el texto de Trogo Pompeyo, en la sinopsis que hizo en el siglo II d. de C. Justino. En el libro XLIV, IV, el historiador romano presenta a un Gargoris benefactor, que fue el primero que descubrió el método de recolectar la miel y que fue sucedido por Habis, rey civilizador que dotó de leyes a sus súbditos. La historia de este último rey estaba rodeada de un halo de leyenda, sobre la que el historiador romano afirmó que: «fabuloso pareciera este caso, si los fundadores de Roma no fueran criados por una loba, y Ciro, rey de los persas, por un perro» (p. 30), en la traducción que Quevedo reproduce en la *España defendida*. Está claro que si había desechado la leyenda fundacional de Roma, tenía que hacer lo mismo con Gargaris y Habis, que un autor tan digno de confianza como Trogo Pompeyo había considerado de un mismo origen.

Aquí se acaban las indagaciones bíblicas. Poco bagaje para poder apoyar en el libro sagrado la procedencia de los primeros pobladores de España. Ciertamente podía haber rastreado las referencias a Tarsis, identificada con Tartesos, que aparecen en Salomón o en Isaías, pero no se adentró más en esta dirección, que le hubiera sido fructífera, pues reflejaba la riqueza mineral de la Península Ibérica, dato que hubiera proporcionado más fuerza a su *laus Hispaniae*. En este, como en otros casos a lo largo de la obra, Quevedo prefiere dejar cabos sueltos, no manifestarse decididamente en un sentido o en otro, no comprometerse, y parece dejar al lector la libertad de opinar.

Donde sí manifiesta con absoluta contundencia su punto de vista es en el caso de Gerión y Túbal, quizás los dos reyes que más controversia despertaban entre los historiadores españoles de la época, reyes que no fueron inventados por Annio de Viterbo y que, por último, pertenecían a los dos núcleos de los que se servían los buscadores de orígenes: el de la mitología clásica y el veterotestamentario.

El mito de Gerión aparece unido en la tradición helénica al de Hércules, y algunos historiadores antiguos lo sitúan en la Península Ibérica, aunque para otros se ubicaba en Italia o en Grecia. Siguiendo esta tradición, Schulten creyó en la existencia de un rey de Tartesos llamado Gerón, basándose en el «arx Gerontis», citado por Avieno, *Ora maritima*, 263. El testimonio más antiguo sobre la ubicación hispana aparece en Stesíchoros, poeta que vivió hacia el 640-555 a. de C., que compuso un poema *Geryonís*, citado por Estrabón, en el que narra las luchas de Hércules con Gerión y allí afirma que el pastor había nacido «junto a las fuentes inmensas de Tartessos»[35]. Con posterioridad lo encontramos en textos de Pomponio Mela o Plinio. Macrobio en su *Saturnalia*, 1, 20, 12 menciona a un Theron, «rex Hispaniae citerioris». Pero el historiador que más influencia dejó en la tradición hispánica es Trogo Pompeyo, aunque Helena de Carlos Villamarín afirma que la influencia directa de éste «sobre los textos históricos hispanos medievales fue escasa, por no decir que nula»[36]. El romano presenta una imagen idílica del reinado de Gerión, que mandaba sobre siete ciudades en una parte de España, la Tarraconense, «quae ex insulis constat». Una aportación importante la constituye su idea de que no se trataba de un gigante con tres cuerpos, sino de tres hermanos muy unidos que parecían tener una sola alma. Annio de Viterbo convirtió a estos tres Geriones en los hijos del mítico Gerión, que según Beroso «ex Mauritania Hispaniam inuasit atque aduenit».

En la historiografía medieval se recoge la figura de Gerión, aunque se produce una distorsión, pues del benefactor que presentaba Trogo Pompeyo pasamos a una imagen totalmente negativa que sobrevive todavía en el siglo XVIII como lo demuestra un cuadro de Francisco Bayeu, titulado *La tiranía de Gerión*, que se expone en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Alfonso el Sabio convierte las siete ciudades de la fuente clásica en siete provincias, aunque mantiene la zona geográfica, que él sitúa entre el Tajo y el Duero. Pero lo que constituye la principal diferencia, como ya hemos dicho, es la imagen de tirano cruel que proyecta: «era gigante muy fuerte e muy liger, de guisa que por fuerça derecha auie conquista la tierra e auien le por fuerça a dar los omnes

[35] Citado por García y Bellido, 1976, p. 96.
[36] H. de Carlos Villamarín, 1996, p. 105.

la meatad de quanto auien, tan bien de los fijos e de las fijas cuemo de lo al, e a los que no lo querien fazer mataualos»[37]. Para librarse de esta tiranía los habitantes de la Península pidieron ayuda a Hércules, que luchó contra el rey pastor cerca de Coruña, le venció y cortó la cabeza, enterrándolo debajo de los cimientos de una torre que construyó. Esta visión la refleja también el poema de Pablo de Santa María sobre las *Siete edades del mundo*, en el que los súbditos del tirano pasan a ser castellanos como constatación del papel hegemónico de que el reino de Castilla gozaba. También en este autor, los súbditos oprimidos son liberados por Hércules, al que se califica de «valiente varón»[38]. Dato curioso en la tradición de este mito es el hecho de que Lucio Marineo Sículo afirme que: «Del cual Gerión, si no me engaño, tomó nombre en España la muy antigua casa que se dice de los Girones»[39].

La mayoría de nuestros historiadores renacentistas aceptan la veracidad de Gerión dentro de un proceso intelectual que sigue a un momento de ascensión política, en la que «la mitología de España viene a ser más imponente que antes, casi poética en su fausto [...] creaba un pasado para acomodarlo al ego hinchado del presente», en palabras de Tate sobre la obra de Ocampo[40]. El nacionalismo se constituye en la principal causa de la aceptación durante el siglo XVI de determinados mitos como el de Gerión. Un ejemplo de esto lo tenemos en la *Historia general de España* de Juan de Mariana que dedica el capítulo VIII del libro I a los Geriones, que comienza: «El primero que podemos contar entre los reyes de España, por ser muy celebrado en los libros de griegos y latinos, es Gerión, el cual vino de otra parte a España, lo que da a entender el nombre de Gerión, que en lengua caldea significa peregrino y extranjero»[41]. Este monarca rico y poderoso subyugó a los naturales, «que eran de ingenio grosero; a manera de fieras vivían apartados y derramados por los campos en aldeas»[42]. Siguiendo la tradición de atribuir la fundación de ciudades por semejanza en el nombre, atribuye a este rey las de Geronda, castillo cercano a Cádiz, y Gerunda, la actual Gerona. Es curioso que utilice este recurso cuando unas páginas antes había negado la existencia de Idubeda, Brigo, Tago y Beto, reyes inventados por este método. La novelización histórica continúa con la venida de Osiris, que libera a los habitantes de la Península de la tiranía de Gerión, derrotán-

[37] *Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, ed. Menéndez Pidal, 1955, p. 9b.

[38] *History and Literature in fifteenth-century Spain: An Edition and Study of Pablo de Santa María's «Siete edades del mundo*, 1991, copla 259.

[39] Lucio Marineo Sículo, *Obra de las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1530, fol. XLIIIIv.

[40] Tate, 1970, p. 29.

[41] Mariana, 1950, p. 8b.

[42] Mariana, 1950, p. 8b.

dolo y dándole muerte «en los campos de Tarifa». Mariana, sin embargo, no concluye aquí la historia de Gerión, sino que le concede tres hijos, que vengan a su padre, haciendo que Tifón mate a Osiris. La historia se enreda más con la aparición de Oro, hijo de Osiris, a quien «unos le llamaron Apolo, otros por la valentía y destreza en el pelear le pusieron nombre de Marte, y todos le llamaron Hércules»[43], que vengó a su padre degollando a los tres Geriones, y dejando como gobernador de España a Hispalo.

El humanista Quevedo no podía aceptar semejantes disparates. La mezcla que había hecho el jesuita de la mitología griega con dioses egipcios no se basaba en textos históricos fiables, únicamente la referencia a los tres Geriones tenía su antecedente en la obra de Trogo Pompeyo. La tarea del escritor madrileño es la de limpiar la historia de España de estas fantásticas invenciones, y una de ellas es esta de Gerión. El descrédito al que somete a este mito se inicia con una referencia filológica: la búsqueda del origen del nombre. Rechaza que fuera un gigante, para lo que se basa en una raíz hebrea, que significa «'robusto' y 'poderoso', y nunca sinifica 'gigante', y eso se ha de entender de Gerión en cuanto a llamarle gigante contra la fábula» (p. 31). Refiere también cómo Justino había descubierto el equívoco del monstruo de tres cabezas con la teoría de que se trataba de tres hermanos muy unidos. A pesar de ello, debe rechazar lo que él considera como «sueño», aunque sea transmitido por el historiador romano, a quien Quevedo considera como fuente fiable; la alusión a Gargoris y Habis y la presencia de Hércules, «habiendo sido tantas las fábulas que acompañan u desacreditan este nombre de Hércules, tan vario en los autores» (p. 31), le llevan a negar su veracidad. Para llegar a sus conclusiones se ha servido, para apoyar su teoría o para refutar la disparatada, de varios autores clásicos: Dionisio, Hesiqueo, Trogo Pompeyo y Justino, Palefatio y Juan de Mariana, del que afirma que: «me espanto que, teniendo por fabuloso lo de Túbal, tuviese esto por verdadero» (p. 31).

Sin embargo, más adelante en este mismo capítulo segundo, vuelve a insistir en el mito de Gerión, citando más antecedentes clásicos en los que aparece. Nuevamente pone en práctica sus conocimientos filológicos para discutir si el Terión que aparece en las *Saturnalia* de Macrobio se corresponde con el Gerión de Justino, concluyendo sobre este punto que: «Por lo cual se significa de Gerión, con el nombre de Terón, lo que todos decían que era tres, pues quiere dezir *ter existens*, antigüedad sin adorno ni afeite de fábulas, que compite con los fabulosos chistes de que soberbias se precian las naciones» (p. 33). Con ello parece indicar que acepta la historicidad de este rey pastor, pero inmediatamente vuelve a

[43] Mariana, 1950, p. 9b.

negarla dentro de la lista de los reyes creados por Annio de Viterbo, «tomando ocasión de dos autores griegos que sólo escribieron fábulas y entre las demás fue una ésta de Gerión» (p. 33). El hecho de que Gerión aparezca unido al personaje de Hércules y el que lo cite Annio de Viterbo, incluyéndolo en su lista de reyes, demuestra en opinión de Quevedo la no existencia real de este personaje. Dentro del espíritu filológico y de la erudición que enmarcan sus conclusiones parecía natural que cerrara la discusión con la traducción de dos textos griegos: uno de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia, otro de la *Biblioteca* de Apolodoro.

El segundo mito del que hablamos es de raíz veterotestamentaria: el de Túbal. El origen de este mito fundador de España es bastante posterior al de Gerión y fue analizado en algunas de sus representaciones medievales y renacentistas por María Rosa Lida de Malkiel, a quien sigo en algunos puntos. En *Génesis*, 10, 2, se refieren los hijos de Jafet, entre los que aparece mencionado Túbal sin ningún otro comentario. Fue el historiador Josefo quien en sus *Antigüedades*, I, 6, 1, desarrollando el linaje de Jafet atribuye a Túbal el ser el fundador de los tobelos, es decir, de los iberos de Asia. Fue Jerónimo quien en su comentario a Ezequiel confundió el texto del historiador judío y convirtió al hijo de Jafet en fundador de los iberos españoles. De aquí tomó el dato Isidoro de Sevilla, que en sus *Etimologías*, IX, 2, 29 afirma: «Thubal, a quo Iberi, qui et Hispani». De aquí pasó a la historiografía medieval, que veía en este origen una forma de conectar a los españoles con Noé, es decir, con el pueblo de Dios. El *De rebus Hispaniae* de Rodrigo Jiménez de Rada, en su capítulo III, recoge la tradición de Túbal, a la que añade un detalle interesante: el dar a los descendientes de Túbal el nombre de *cetúbales*, que hace derivar del latín *cetus* 'compañía' o *celtíberos*, que se extendieron por toda la Península: «qui in Hispaniam venientes, & Pyrenaei iuga primitus habitantes in populos excreuere, & primo Cetubales sunt vocati, quasi coetus Tubal»[44]. Alfonso el Sabio repitió en su *Primera Crónica General de España* los datos aportados por el Toledano, reafirmando, eso sí, que llegaron a España atravesando los Pirineos. Annio de Viterbo recoge esta tradición de los padres de la Iglesia: «Diuus Hieronymus & Eusebius aiunt Tubalem quinto genitum Iapeti filii Noae primogenitum omnium Hispanie regum fuisse», aunque enseguida acude a fuentes clásicas, Pomponio Mela, y a su falso Beroso. Añade el italiano un nuevo dato: la venida del patriarca Noé a la Península.

Ya entrados en el siglo XVI, continúa la aceptación de la venida de Túbal a España, aunque con nuevos datos. Pedro de Medina,

[44] Cito por la edición de Andreas Schott, *Hispaniae Illustratae*, II, Francofurti, Apud Claudium Marnium, MDCIII, p. 29.

citando a Josefo, refiere la venida de Túbal a España, pero cambia el lugar de entrada; para él el nieto de Noé entró por Andalucía, y además venía acompañado de armenios a los que enseñó su ciencia: «Y así notan los historiadores antiguos haber sido los españoles de los primeros hombres que supieron ciencia y de los primeros que tuvieron conocimientos de bien vivir»[45]. Añade también que fundó la ciudad de Setúbal y que recibió la visita de su abuelo, que vino a España «por ver a su nieto Túbal, y por conocer la manera que tenía sobre la gobernación de su gente» (ed. cit., p. 10b). Durante su estancia, el patriarca fundó dos ciudades: Noela y Noega. Ocampo también fija Andalucía como el lugar de entrada de Túbal, y añade como fundaciones de este personaje bíblico Tarragona, Sagunto y Tafalla. El cronista dota al nieto de Noé de la capacidad de transmisor de conocimientos, otorgándole el papel de civilizador, «declarándoles prinçipalmente los secretos de la naturaleza, los mouimientos del çielo, las concordançias y misterios de la música, las excelencias y grandes prouechos de la geometría con la mayor parte de la filosofía moral, dándoles reglas y leyes razonables en que biuiessen» (fol. XIXr). Añade también que estableció el calendario de doce meses y trescientos sesenta y cinco días; defiende, siguiendo a Viterbo y su Beroso, la venida de Noé a España «por ver a su nieto Túbal, y por conosçer la manera que tenía sobre la gobernaçión de su gente» (fol. XXv).

La leyenda de Túbal fue aceptada por Juan de Mariana, para quien: «Túbal, hijo de Jafet, fue el primer hombre que vino a España»[46]. Para hacer esta afirmación se basa en «autores muy graves», aunque no cita sus nombres. Pero su referencia a esta venida acaba aquí, pues no se atreve a conjeturar ni por dónde llegó ni los lugares en los que se estableció. Un detalle que lo separa de la tradición que hemos visto es que rechaza que hubiera fundado las ciudades que se le atribuyen. Niega también la venida de Noé, afirmando que «es una mentira hermosa y aparente por su antigüedad»[47]. Se dan, por tanto, en el historiador jesuita, dos posturas contrarias: por una parte, admite como histórica la venida de Túbal; por otra, desecha algunos hechos que se le atribuyen y que, por la oscuridad de los tiempos, no considera aceptables. Como afirma María Rosa Lida, «Mariana da estas tradiciones sobre los orígenes por lo que valen, sin proponerse destilar de su magno contenido la esencia histórica, ni racionalizarlas, ni edificar conjeturas sobre tan frágiles bases»[48].

[45] *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, en *Obras de Pedro de Medina*, 1944, p. 10a.
[46] Mariana, 1950, p. 1a.
[47] Mariana, 1950, p. 8ba
[48] Lida de Malkiel, 1970, pp. 25-26.

En el Renacimiento español se oyen voces disidentes sobre este tema. Quizá la más conocida sea la de Antonio de Nebrija. El humanista andaluz es el primero, que yo sepa, que rechaza la identificación propuesta por Jerónimo de los iberos de Josefo con los de la Península Ibérica, y escribe:

> Ieronimo, de los nuestros el mas enseñado, en toda esta parte sigue a Iosepho, sino que piensa que los que Iosepho llama iberes sean los de España, a los quales los antiguos llamaron iberos, siendo aquella differencia entre los griegos i latinos ia consentida, que iberes se llamen los pueblos de Asia, entre los colcos i albanos, i que los d'España se digan iberos[49].

También les da preferencia por lo que se refiere al momento de su población para lo que se basa en el hecho de que la primera zona poblada en el mundo fue el Oriente y que de allí se fue extendiendo al Occidente: los iberos de la parte oriental vendrían, según esto, a poblar España. Otro punto en el que levanta su voz es en el de hacer derivar el nombre de Celtiberia de Cetubalia, tal y como había propuesto el Toledano, barbaridad etimológica que le hace exclamar: «¡Hombres perdidos y ajenos de todas letras y artes de humanidad, que quieren presuponer por verdadero lo que nunca fue!»[50], cuando estaba claro que provenía de la unión de los dos pueblos que habían poblado la Península, celtas e iberos. Nos hallamos, pues, ante un episodio más de la lucha de Nebrija frente a los bárbaros.

Quevedo continúa la crítica que había hecho Nebrija con los mismos argumentos filológicos. Rechaza de plano la venida del nieto de Noé a España, que sólo está basada en la semejanza de los nombres de dos ciudades, Setúbal y Tudela, y en el testimonio de autores que no gozan de ninguna autoridad; estos dos hechos le llevan a declarar «fabuloso este principio». Pero todavía debe profundizar más en este tema para poder desmontar filológicamente esta invención; para ello, y como consecuencia, debe revisar el origen de este mito. Como ya hemos dicho, fue Jerónimo el que cometió el error de interpretación del pasaje de Josefo. Quevedo cita en el capítulo tercero de la *España defendida* el pasaje del escritor judío en el que se basó Jerónimo para considerar a Túbal primer poblador de España: «"Fundó los Tobelos Tobelo, que ahora se llaman iberos"; en el tiempo del mismo Josefo» (p. 43). El escritor español reconoce que antes que él su enemigo intelectual y religioso José Escalígero había notado ya el error. Pero sus conocimientos eruditos le llevan a aclarar la confusión: «De las gentes con quien trataba Josepo, llamábanse [iberos] los que, cerra-

[49] *Muestra de la istoria de las antigüedades de España*, en *Gramática de la lengua castellana*, 1926, pp. 210-11.
[50] *Muestra de la istoria...*, 1926, p. 211.

dos con el Cáucaso, habitan el mar Caspio y el Eujino. Aquellos llamábanse entonces españoles, lo cual no pudo esconderse de ningún modo a Josepo, como a quien era tan familiar con el emperador y la cohorte» (p. 43). De todo ello se colige que, como ya había sugerido Nebrija, los iberos de España tomaron su nombre de los de Asia, y no al revés, como algunos historiadores pretendían.

De la falsedad de la venida de Túbal se deducía la de su abuelo Noé y la fundación de las dos ciudades mencionadas de Noela y Noega. Aquí la crítica quevediana se vuelve irónica, pues ante la ridiculez de tales afirmaciones no le queda más remedio que la burla. Para ello utiliza el mismo método etimológico que le permite descubrir, realizando unas piruetas filológicas, que «Odom, una triste y moderna aldea tres leguas de Madrid», fue fundada por Adán, ya que «el primer padre se llamó Adam, porque fue hecho de tierra rubia, la cual en hebreo se llama Adama o Adam, que en siriaco primitivo es Odoma u Odom, y es la tierra roja toda la de este lugar vecino de Alcorcón»; y aún va más allá en su burla con la idea de que «el Pardo, huerta y bosque de los reyes de Castilla» (p. 32), fue el enclave del Paraíso. El tono, sin embargo, se vuelve crítico cuando censura a Alonso Morgado, «que, aunque él se llamó indigno sacerdote, lo debía de ser bueno, sino que el epíteto se le quitó al nombre d'escritor, donde encajara con propiedad» (p. 42), que en su historia de Sevilla ha aceptado los embustes de Annio de Viterbo, dando como históricas las venidas de Noé y Túbal.

Con la destrucción de estos dos mitos, Quevedo ha acabado con la leyenda de los reyes primitivos de España; no necesita desacreditar los demás, pues ha terminado con la credibilidad de los historiadores (Annio de Viterbo y sus seguidores) que defendían su historicidad. En el capítulo tercero, al estudiar el origen de los nombres con que se conoce a España, borra de la historia a Hispán, Hispalo y Hespero. Aquí hemos de recordar que Nebrija acepta la existencia de Hispalo, citado por Trogo Pompeyo, origen del nombre de España: «España se nombro de Hispalo»[51]. Una vez que se ha destruido este pasado mítico, ¿cuál es el pasado histórico que presenta para reemplazarlo? Aquí Quevedo se muestra parco y no acude a las fuentes históricas, Tito Livio o Polibio, en las que se podía haber basado para reconstruir la auténtica historia de la España antigua, que él resume de la siguiente manera:

> Dejemos los Hispalos y Hispanes y contentémonos con lo que tenemos cierto: que poco después fue ocupada de los cartaginenses, la cual, después que los echaron, dividieron los romanos en dos provincias, Bé-

[51] *Muestra de la istoria...*, 1926, p. 212.

tica y Tarraconense, y en diez conventos jurídicos, y así duró hasta Atila, que sujetó la parte ulterior por embajadores. Después, por los reyes fue distribuida en reinos, que ahora están abrazados en una corona (p. 34).

En este breve párrafo ha condensado la historia auténtica, la fiable, la que se halla libre de invenciones ridículas. Quevedo no quiere, no puede ir más allá, explorar lo desconocido. La ausencia de documentos, al igual que le había sucedido a Polidoro Virgilio en Inglaterra o al propio Zurita en España, le obliga a mantener esos tiempos primitivos en la oscuridad; eso es mejor que fabricar mitos que lo único que consiguen es desacreditar a los que se enorgullecen de ellos. Con esta actitud demuestra que no es del todo acertada la afirmación de Fueter de que los españoles tenían un pasado tan «pauvre» que debían aceptar las falsedades de Annio[52]. El nacionalismo de Quevedo se manifiesta aquí de una forma especial, intentando demostrar que los españoles, «sola de la verdad desnuda hacemos pompa y aun la adelgazamos en nuestro favor, de manera que deja de ser cuidado y pasa a rigor. Y nosotros no parece que averiguamos, sino que contradecimos, y ellos no parece que escriben, sino que sueñan» (p. 40). Otra vez nos encontramos con el escritor que defiende España y, al mismo tiempo, ataca a sus enemigos exteriores e interiores, echándoles en cara las patrañas que tienen por verdad, el sueño que han convertido en historia. Porque los españoles, piensa Quevedo, tienen un pasado lo suficientemente glorioso como para poder prescindir de esas mentiras, un pasado militar que les ha impedido trasladar a la escritura sus hazañas, aunque esto no quiere decir, y lo demuestra en el capítulo cuarto, que nuestras letras tengan nada que envidiar a las del resto de Europa. Se nos presenta así Quevedo como un digno representante de la filología europea en su búsqueda de la verdad histórica, que no manifiesta ningún reparo a la hora de destruir aquellos personajes o acontecimientos basados en el mito y la leyenda. El escritor madrileño, dentro de ese espíritu filológico, prefiere un pasado menos remoto, pero más histórico. En este sentido su *España defendida* refleja lo que es, en su concepción, la historia para los humanistas europeos de los siglos XVI y XVII.

[52] Fueter, 1914, p. 274.

BIBLIOGRAFÍA

Agustín, Antonio, *Diálogos de medallas, inscriciones y otras antigüedades*, Madrid, 1744.

Burke, P., *The Renaissance Sense of the Past*, New York, St. Martin's Press, 1969.

Cabrera de Córdoba, Luis, *De historia, para entenderla y escribirla*, ed. de S. Montero Díaz, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.

Carlos Villamarín, H. de, *Las antigüedades de Hispania*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull'alto medioevo, 1996.

Caro Baroja, J., «La "realeza" y los reyes en la España antigua», en *Estudios sobre la España antigua*, Madrid, CSIC, 1971, pp. 51-159.

Caro Baroja, J., *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.

Cirot, G., *Mariana historien*, Bordeaux, Feret & fils éditeurs, 1904.

Cochrane, E., *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, The University of Chicago Press, 1985.

Commentaria super opera diuersorum auctorum de antiquitatibus, Romae, in Campo Florae, 1498.

Fuentes cronísticas de la historia de España, ed. de D. Catalán y M. S. de Andrés, Madrid, Gredos-Seminario Menéndez Pidal, 1974.

Fueter, E., *Histoire de la historiographie moderne*, Paris, Librairie Felix Alcan, 1914.

García y Bellido, A., *España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Strábon*, 5.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

Gil Fernández, L., *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, 2.ª ed., Madrid, Tecnos, 1997.

Grafton, A., *Defenders of the Text. The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.

Grant, M., *Greek and Roman Historians. Information and Misinformation*, Londres, Routledge, 1995.

History and Literature in fifteenth-century Spain: An Edition and Study of Pablo de Santa María's «Siete edades del mundo», ed. de J. Scouza, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1991.

Jauralde, P., «Una aventura intelectual de Quevedo, *España defendida*», en L. Schwartz y A. Carreira (eds.), *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 45-58.

Jehasse, J., *La Renaissance de la critique, l'essor de l'Humanisme érudit de 1560 à 1614*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1976.

Kamen, H., *Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro. Cataluña y Castilla, siglos XVI-XVII*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1998.

Libro de las grandezas y cosas memorables de España, en *Obras de Pedro de Medina*, ed. de Á. González Palencia, Madrid, CSIC, 1944.

Lida, R., *Prosas de Quevedo*, Barcelona, Crítica, 1981.

Lida de Malkiel, M. R., «Túbal, primer poblador de España», *Ábaco*, 3, 1970, pp. 11-48.

Mariana, Juan de, *Historia general de España*, en *Obras del Padre Juan de Mariana*, ed. de F. Pi y Margall, Madrid, BAE, 1950.

Marineo Sículo, Lucio, *Obra de las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1530.

Momigliano, A., *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Berkeley, University of California Press, 1990.

Muestra de la istoria de las antigüedades de España, en *Gramática de la lengua castellana*, ed. de I. González-Llubera, Oxford, Oxford University Press, 1926.

Ocampo, Florián de, *Los quatro libros primeros de la crónica general de España*, Zamora, Juan Picardo, 1543.

Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289, ed. de R. Menéndez Pidal, Madrid, Gredos, 1955.

Quevedo, Francisco de, *España defendida*, ed. de R. S. Rose, Madrid, 1916.

Roncero, V., «Aproximaciones al estudio y edición de la *España defendida*», *La Perinola*, 1, 1997, pp. 215-34.

Sánchez Alonso, B., *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, CSIC, 1941.

Schott, Andreas, *Hispaniae Illustratae*, II, Francofurti, Apud Claudium Marnium, MDCIII.

Tate, R. B., «Mitología en la historiografía española de la Edad Media y del Renacimiento», en *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 13-32.

Titi Livi, *Ab urbe condita*, I, ed. de R. Maxwell, Oxford, Clarendon Press, 1974.

Zurita, Jerónimo de, *Anales de la Corona de Aragón*, I, ed. de Á. Canellas, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1987.